

# **“La mirada Bizca” o Breve Historia de los Feminismos: Del Sufragismo a la Crisis de la Masculinidad**

## **"The Cross-Eyed Glance" or a Brief History of Feminisms: From Women's Suffrage until the Crisis of Masculinity**

**María José Bruña Bragado  
Universidad de Salamanca  
mjbruna@usal.es**

### **Resumen**

Este trabajo supone un resumen teórico por la historia de los feminismos. Parte del sufragismo y el feminismo radical y político anglosajón y pasa por el feminismo radical francés para llegar al feminismo latinoamericano y la perspectiva crítica de la escritura de mujeres y, finalmente, concluir en el ecofeminismo, el ciberfeminismo y la actual crisis de las masculinidades.

**Palabras clave:** Sufragismo, Feminismo, América Latina, Escritura, Ecofeminismo.

**Abstract:** This article proposes a theoretical summary of the history of feminisms. From English Suffragism and Women's Movement in the XIX century, this Socio-political trend arrives at the end of XX century to Ecofeminism, Cyberfeminism and present masculinities crisis. However, it is important before of that to stop in the French and Latin American perspectives of Women's movement and Women Writing in XX century.

**Key Words:** Suffragism/Women's Movement, Feminism, Latin America, Writing, Ecofeminism.

Empecemos por el principio. Empecemos por el *Génesis*, esto es, uno de los principios. El extracto de la novela *La nave de los locos* de la uruguaya Cristina Peri Rossi nos introduce en esta indagación histórica de las mentalidades:

Graciela propuso a cuarenta escolares, comprendidos entre los siete y los doce años, que describieran a Adán y Eva, en el Paraíso. Luego recogió las respuestas. [...] Acerca de las virtudes y defectos de Adán y Eva, Graciela obtuvo los resultados:

Adán es valiente (35), honrado (23), trabajador (38), inteligente (38), responsable (29), obediente (22). Su principal defecto es escuchar a las mujeres (33). En cuanto a Eva, se le reconoció sólo una virtud: bella (30). Un alumno dijo que era curiosa, pero que no estaba seguro de que ésa fuera una virtud o un defecto. En cambio, la lista de sus defectos es mucho más numerosa; 39 alumnos la juzgaron excesivamente curiosa, 33, charlatana y 25, consideraron que tenía mal carácter, 22 dijeron que era holgazana y 3, que era una frívola.

Después, los alumnos y las alumnas se fueron a jugar. (1984: 5)

1. El fragmento pone en evidencia, con ironía cómplice, un hecho constatable en nuestros días: hasta qué punto están interiorizados, separados y, por supuesto jerarquizados, desde muy temprana edad, los roles de lo masculino y lo femenino. Se apunta así la imbricación sutil y tramposa de *sexo* y *género*, ya sabemos, 'lo biológico' y 'los contenidos culturales añadidos al hecho biológico', imbricación que tiene lugar en la sociedad occidental desde una pedagogía que nos adiestra casi imperceptiblemente en la asunción sin cuestionamiento de tales estereotipos. El texto refleja asimismo el carácter arcaico y universal de tales preconcepciones que impregnan todos los discursos –religioso en la *Biblia*, filosófico en el extracto de *El banquete* de Platón- condicionan y convierten en unívoca -unívocamente *masculina*- nuestra visión de la realidad.

2. La pregunta que nos asalta, entonces, es por qué una de las dos mitades de la humanidad ha detentado el poder de simbolizar la totalidad de la experiencia humana. Sería, en este sentido, una tarea ardua, aunque sumamente apetecible, la de esbozar un recorrido que dilucidara las causas del triunfo del patriarcado y de una política sexual –*heterosexual*—determinada (Foucault 1996). Lo cierto es que uno de los dos sexos dispuso, en un momento específico, del poder político, es decir, del poder del lenguaje, y esta capacidad "adánica" le permitió hacer y escribir la "Historia", a la vez que inscribía al otro sexo en la categoría, precisamente, de "*lo otro*". En este sentido, es innegable la falacia construida a propósito de la dimensión humana o universal del arte, de la cultura y, en definitiva, de la historia, porque los discursos de la filosofía, del psicoanálisis, de la religión o la ciencia han estado, hasta época muy reciente, sexuados; los discursos han sido patrimonio exclusivamente masculino y la mujer, lleva 2.500 años de desventaja educativa. En este punto, no conviene olvidar que el sujeto cuando habla, lo hace siempre desde un lugar y es imposible salirse de lo que Heidegger llama 'la casa del lenguaje'. Hasta ahora, está claro el signo de la casa que hemos habitado. Exploremos el proceso de construcción de la misma para poder observar a continuación el de su deconstrucción. Se trataría, en última instancia, de inventar, proyectar, construir, habitar la casa de nuestros sueños.

3. En las páginas que siguen vamos a recorrer el derribe paulatino de tal andamiaje conceptual y simbólico sólidamente armado por instancias masculinas durante siglos que comienza a resquebrajarse en el breve lapso de los doscientos últimos años, es decir, nos disponemos a trazar una historia *personal* de los "feminismos" en plural, como los cataloga Linda Hutcheon (1988), nos aprestamos a bosquejar una "breve historia de los feminismos", como propone Iris Zavala (1993) para pasar, en última instancia, a lo que nos interesa particularmente: el feminismo y la escritura en un área marginal de la cultura como es América Latina. Un panorama de ubicación general me parecía indispensable para captar las particularidades de los Estudios de género en América Latina.

4. Como preámbulo o protocolo de lectura, es preciso acudir al diccionario en busca de una definición del vocablo "feminismo". El *Diccionario de la Real Academia* nos dice lo siguiente: "Feminismo: (del lat. *femina*, mujer, hembra). Doctrina social favorable a la condición de la mujer, a quien concede capacidad y derechos reservados hasta ahora a los hombres" (s. v. "feminismo"). Como no nos satisface plenamente la acepción, recurrimos al *Diccionario de Uso de María Moliner*: "Feminismo: (del lat. *Femina*, mujer, hembra). Doctrina que considera justa la igualdad de derechos entre mujeres y hombres. Movimiento encaminado a conseguir esta igualdad" (s. v. "feminismo"). El cambio es sustancial: de una "concesión", de un "favorecer" a las mujeres en la primera definición, pasamos a "considerar justa" su igualdad con los varones –María Moliner *dixit*-. Y volvemos, de este modo, a confrontar el tema de lo enraizado y profundo del conocimiento y la interpretación de la realidad desde prerrogativas patriarcales.

5. Que "ser hombre" o "ser mujer" implicaba una serie de presupuestos creados y maniqueos sobre sus capacidades físicas y aptitudes intelectuales ya lo dejó claro Virginia Woolf en su fábula sobre Judith contenida en *A room of one's own* (Woolf 1929) y casi un siglo y medio antes lo apuntaba su predecesora Mary Wollstonecraft (1792).<sup>1</sup> La supuesta hermana de Shakespeare jamás hubiera podido desarrollar su talento artístico debido a los obstáculos socioculturales: al suicidio, al matrimonio o al convento se reducía el limitado espectro de posibilidades para la mujer. De esta manera, Woolf llamaba la atención sobre un hecho: hasta el siglo XX la historia del acceso de las mujeres al conocimiento había sido la historia de una ilusión –recordemos el texto sobre la distribución de tareas en *El banquete* de Platón-- con loables excepciones: Christine de

---

<sup>1</sup> Las contradicciones están en la base de la propia existencia femenina. Wollstonecraft, la autora del primer gran documento del feminismo, después de vivir como una mujer independiente en París y de relacionarse con los líderes de la Revolución Francesa, se casó a los 38 años con el filósofo William Godwin y murió dando a luz. El producto de su tardía decisión por el matrimonio y la maternidad fue, además de su muerte, una hija que se convertiría en una talentosa escritora: Mary Shelley, la creadora de *Frankenstein*.

Pisan, María de Zayas, Sor Juana Inés de la Cruz, Louise Labé, la propia Woolf y pedía independencia económica para la mujer, lo que se traducía en espacio y tiempo para pensar y reconceptualizar el mundo o, en otras palabras, demandaba la condición *sine qua non* para la liberación sexual e intelectual de la mujer en el pre-capitalismo.<sup>2</sup>

6. De este sueño sólo comienzan a despertar estas mujeres que ni siquiera recordaban haber sido dormidas, a finales del siglo XIX y es entonces cuando comienza nuestra historia. Los siglos XIX y XX marcan, por el establecimiento de las llamadas sociedades "democráticas" modernas que otorgan voz a la mayoría, la incorporación de la mujer al ámbito de la cultura, al universo de la lectura y escritura y también de la política. De un determinado tipo de mujer, claro está. Sabido es que toda empresa de emancipación arrastra siempre una desigualdad insondable y, en un principio, sólo la minoría culta se ve favorecida. Es innegable que el capitalismo es, como vemos a diario, arma de segregación y de violencia (López de la Vieja 2000: 55).

El primer feminismo está orientado, entonces, a la acción social y reivindica, por tanto, lo más básico: los derechos políticos que corresponden a la mujer como miembro de la sociedad democrática.<sup>3</sup> Así nace a finales del siglo XIX el sufragismo y comienza su andadura el feminismo anglosajón o "de la igualdad" al que se ha querido enfrentar - sabiendo lo útil que resulta en términos de dominio lo dicotómico- con la otra gran tradición: el feminismo francés o "de la diferencia". Sin embargo, como explicaremos más adelante, el feminismo "de la igualdad" constituye con toda probabilidad una primera etapa, necesariamente más militante y política, en una tradición feminista de largo aliento

---

<sup>2</sup> Christine de Pisan (1364-1430): filósofa y poeta francesa nacida en Venecia. Enviudó a los 25 años y a partir de ese momento fue capaz de mantener a sus tres hijos, gracias a sus escritos. Escribió poemas, pero sobre todo una obra en prosa discrepando contra las calumnias de Jean de Meung. También escribió *La ciudad de las damas* (1405) donde declara: "Si fuera costumbre mandar a las niñas a la escuelas e hiciéranles luego aprender las ciencias, cual se hace con los niños, ellas aprenderían a la perfección y entenderían las sutilezas de todas las artes y ciencias por igual que ellos... pues... aunque en tanto que mujeres tienen un cuerpo más delicado que los hombres, más débil y menos hábil para hacer algunas cosas, tanto más agudo y libre tienen el entendimiento cuando lo aplican. Ha llegado el momento de que las severas leyes de los hombres dejen de impedirles a las mujeres el estudio de las ciencias y otras disciplinas. Me parece que aquellas de nosotras que puedan valerse de esta libertad, codiciada durante tanto tiempo, deben estudiar para demostrarles a los hombres lo equivocados que estaban al privarnos de este honor y beneficio. Y si alguna mujer aprende tanto como para escribir sus pensamientos, que lo haga y que no desprecie el honor sino más bien que lo exhiba, en vez de exhibir ropas finas, collares o anillos. Estas joyas son nuestras porque las usamos, pero el honor de la educación es completamente nuestro."

María de Zayas (1590-1661) fue una de las más importantes novelistas del Siglo de Oro español. La Inquisición prohibió reeditar sus obras por la "excesiva" liberalidad del comportamiento femenino en material sexual. Sus protagonistas son voraces en material sexual, esconden amantes negros en la recámara, etc...Ella criticó especialmente el concepto de "honor" y "honra" que tanto perjudicaba a las mujeres.

<sup>3</sup> Emmeline Pankhurst es uno de los nombres emblemáticos del sufragismo (Manchester, 1858-Londres, 1928). Está ligada a la lucha por el derecho al voto femenino antes de la Primera Guerra Mundial. Otras sufragistas importantes fueron Annie Kenney y Emily Davison.

y ambas aproximaciones son, en última instancia, complementarias. Se han propuesto también las etiquetas “feminismo radical” y “feminismo cultural” como sustitutivas de “feminismo anglosajón” y “feminismo francés” –sobre todo a partir de los 60- para evitar, quizás, partidismos nacionales. Su propuesta me parece sugerente y efectiva en tanto que elimina connotaciones y describe de forma más precisa la reivindicación, de cariz más político en el primer caso, y más sociocultural en el segundo.

El feminismo anglosajón, de la igualdad o “radical” tendría varias oleadas o momentos de referencia a lo largo del siglo XX y algunos de los nombres emblemáticos que contribuyen a enriquecer con sus propuestas esta corriente serían los de Beauvoir, Wittig, Showalter, Butler y Zavala. Si Simone de Beauvoir realiza el primer esfuerzo relevante por afirmar que la subordinación sexual es un hecho cultural y político y no biológico o natural y declara que “llegar a ser” mujer consiste en una sucesión de acciones conscientes y deliberadas, un “proyecto” en términos sartreanos, para asumir una significación corporal culturalmente establecida: “No se nace mujer, se llega a ser” (Beauvoir 1949), es cierto sin embargo que su posicionamiento tiene limitaciones evidentes que han sido subsanadas más tarde. Para la pensadora francesa, los valores masculinos son los valores humanos o universales y no reconoce a la mujer sino como “el otro del hombre” que debe aspirar en todo momento a ser su igual. Había que pagar un precio demasiado elevado para la consecución de la igualdad: la anulación de “lo femenino”. Años más tarde, Monique Wittig (1992), aunque rechaza las doctrinas esencialistas de la femineidad y está de acuerdo con Beauvoir en que el sexo femenino está marcado y el masculino se erige, pues, como sinónimo de universal, va más allá en el análisis de la distinción entre “sexo” y “género” a la que no tiene dudas en calificar como anacrónica. Wittig, introduciendo una nueva variable (heterosexualidad/homosexualidad) afirma que la morfología misma, la diferencia sexual es consecuencia de un esquema heterosexual hegemónico en el que tiene lugar el aislamiento y la desvalorización de determinados tipos de distinción en favor de otros. La discriminación por motivos de sexo se produce en un ámbito político y lingüístico donde el sexo es concebido como diádico y ya sabemos que la oposición binaria siempre sirve a los propósitos de la jerarquía. Wittig opina, por tanto, que cuando nombramos la diferencia sexual la creamos y, al restringir nuestro entendimiento de las partes sexuales relevantes a las que ayudan al proceso de reproducción, hacemos de la heterosexualidad una necesidad ontológica. Alega, entonces, que una lesbiana no es una mujer porque ser mujer significa estar fijada en una relación binaria con el hombre y sólo es mujer la que se mete voluntariamente en ese engranaje conceptual de subordinación heterosexual

respecto al varón. La lesbiana, para ella, es el único concepto que está más allá de la categoría de sexo, declaración reafirmada más tarde por Judith Butler (1990). La restricción de las dualidades, aduce, podría llevarse a cabo a través de la proliferación de géneros, en un sentido muy platónico. Si Beauvoir pretende homogeneizar y la abolición de las diferencias de los dos géneros apostando por la igualdad, Wittig, más ambiciosa, aspira a la destrucción de la existencia de dos sexos abogando por la multiplicación o proliferación sexual, esto es, que existan tantas posibilidades no sólo culturales sino anatómicas de asumir nuestro propio cuerpo como queramos.<sup>4</sup> Elaine Showalter (1985), otro nombre de referencia en la crítica feminista, confronta la utópica visión de la feminidad de Wittig y define el discurso femenino como un discurso de doble voz originado en la intersección del espacio cultural masculino dominante y el femenino tradicionalmente silenciado. Propone el término "ginocrítica", que se refiere a la mujer como productora de textos críticos y literarios. La ginocrítica supuso el primer paso serio en la labor sucesiva de la crítica feminista de revisión del canon literario tradicional, esa serie de obras selectas que se leen y estudian en la Academia. Se critica, no tanto la noción de canon, como el hecho de que se haya dejado fuera a las mujeres. Incluyamos algunos pasajes reveladores del discurso de Showalter:

La idea de estudiar a las escritoras como un grupo aparte no está basada en que todas sean iguales, o en que desarrollen un estilo parecido, propiamente femenino. Pero sí cuentan con una historia especial, susceptible de análisis, que incluye consideraciones tan complejas como la economía de su relación con el mercado literario; los efectos de los cambios sociales y políticos en la posición de las mujeres entre los individuos y las implicaciones de los estereotipos de la escritora así como de las restricciones de su independencia artística. [...] En primer lugar, hay una fase prolongada de imitación de las características principales de la tradición dominante, y una *interiorización* de sus modelos de arte y sus concepciones de los roles sociales. En segundo lugar, hay una fase de *protesta* contra estos modelos y valores, y de *defensa* de los derechos y valores de la minoría, incluyendo una petición de autonomía. Por último, hay una fase de *autodescubrimiento*, una vuelta hacia el interior liberada de parte de la dependencia de la oposición, una búsqueda de la identidad. En una correcta terminología, estas fases podrían denominarse *Femenina*, *Feminista*, y *de la Mujer*. (1977: 12-13)

Judith Butler (2002), por su parte, insiste asimismo tanto en la desnaturalización del sexo como en la deconstrucción del género. Así, mostrar la dimensión de construcción no sólo

---

<sup>4</sup> Monique Wittig (1935-2003). Pensadora francesa y teórica feminista, particularmente interesada, como decimos, en trascender el género. Es interesante que una gran parte de las fundadoras del feminismo radical o anglosajon sean francesas originariamente (Beauvoir, Wittig...)

del género sino también del cuerpo sexuado implica postular una relación no puramente representativa sino constructiva entre sexo y lenguaje, entre sexo y los discursos que hablan del mismo. Recapitulemos: de la deconstrucción de lo cultural a la destrucción de lo anatómico y, finalmente, a la abolición del lenguaje. Esta insistencia en el carácter performativo del lenguaje que "hace mientras dice" nos lleva, como última parada en este "feminismo radical", ya más cerca de orientaciones psicoanalíticas, a Iris Zavala. La teórica y escritora puertorriqueña cuestiona las premisas anteriores y afirma que el proceso de sexuación procede de la lógica del lenguaje (1999). Así, los signos "hombre" y "mujer" serían, desde este punto de vista, creaciones discursivas que el lenguaje de la cultura inscribe en nuestros cuerpos y que ocultan su condición primaria de signos construidos tras la falacia de una verdad natural. Su teoría podría resumirse en los siguientes términos: lo masculino, aunque supuestamente nombra todo, no tiene un referente real al descartar a la mujer -concepto lacaniano de la mujer como *no toda*-, no puede designar la totalidad ni siquiera de sí mismo al excluir a la mujer que es significativa parcial, diferencial. Ésta es la lógica del lenguaje que hace que la mujer sea diferente y no la lógica cultural o anatómica. Pero si la Mujer -con mayúsculas—no ha existido, esto no impide que haya existido la condición femenina y las diferentes miserias que la sociedad ha podido hacerle a las mujeres o, como afirma la novelista también puertorriqueña Rosario Ferré (1985), no existe una naturaleza femenina pero existe una "experiencia o situación femenina". Así, la deconstrucción por la que aboga Butler desvía, desde la perspectiva de Zavala, porque deja intacto lo que en realidad nos importa: ese orden simbólico general que relega a la mujer, esa lógica del lenguaje que margina a la mujer como lo diferencial. Butler se enfrentaría con el género pero no con el lenguaje que propicia esos significados. Zavala postula que lo verdaderamente subversivo es escribir, teorizar desde la marginalidad, enunciar desde donde no se ha enunciado antes y como no se ha enunciado antes, y no limitarse a la improductiva destrucción del universo simbólico masculino. No se trata sólo, insisto, de que el género femenino adquiera, por fin, el prestigio y elimine el universo masculino porque esto llevaría a la instauración de una cultura matriarcal paralela que reproduciría idéntico esquema binario. El desafío consistiría en hablar desde los márgenes, desde las fronteras o intersticios donde se sitúa la mujer para decir lo que no ha sido dicho, para decirse. Como afirma en alguna ocasión Pierre Bourdieu es hablar y no ser hablado lo que constituye una de las tareas de la "contracultura" (1993). Esta nota nos aproxima ya a una de las características fundamentales del feminismo en el Tercer Mundo, en América Latina o en otras zonas del extrarradio de la producción económico-

cultural occidental. Se trata del hablar desde los márgenes, de la "mirada bizca" que da título a nuestra charla pues esa "mirada estrábica, bizca", oblicua e irónica, propuesta por Sigrid Weiggel (1986) ha sido la perspectiva adoptada por la teoría y también la práctica de la escritura de mujeres en América Latina desde la primera piedra arrojada por Sor Juana.

7. Si las feministas radicales o de la vertiente anglosajona interpretan la biología femenina como una desventaja, las feministas culturales o de la línea francesa argumentan que la biología femenina es un poderoso recurso. Este razonamiento nos puede servir de punto de inflexión para comenzar a adentrarnos en el feminismo francés o "de la diferencia", a través de sus principales representantes, Luce Irigaray, Hélène Cixous, Julia Kristeva o Adrienne Rich. Esta corriente, más allá de la consecución de una igualdad de hecho con respecto al varón, cuya evidencia hace innecesaria mayor insistencia, prefiere enfatizar las diferencias, reforzar "lo femenino", pese al riesgo esencialista y determinista que tal intento conlleva. Pero, ¿cómo evolucionó el feminismo radical hacia el feminismo cultural? En parte porque el feminismo cultural parece combatir las fragmentaciones y tensiones internas, ofreciendo una promesa de unidad, empatía o sororidad ("*sistherhood*") femenina.

Así, el feminismo francés, particularmente fértil y vivo desde los años 80 se asienta sobre dos postulados principales: la crítica de Derrida de la textualidad del discurso y la teoría psicoanalítica de Lacan sobre la articulación por el lenguaje de la identidad del sujeto. Si bien con variaciones, para estas autoras la tarea de la crítica feminista consiste en describir los efectos en la mujer de esta masculina, represiva y alienante construcción del yo y, al mismo tiempo, explorar las posibilidades de la *écriture féminine* para superarla. Se trata de un modelo de lenguaje nuevo que escape a los problemas de lo psiconalítico y lo lingüístico.

La pensadora Luce Irigaray (1974) disiente con el feminismo de la igualdad y, frente a la negación del componente femenino, es partidaria de la reafirmación del mismo e incluso propone inventar un sujeto autónomo y diferente en *Speculum de l'autre femme*. Y es que si la mujer era el Otro absoluto del hombre, esto suponía que siempre era definida "en negativo", que era el reflejo del hombre que se mira al espejo para reflexionar sobre sí mismo. En suma, Irigaray piensa que reemplazar el uno por el dos en la diferencia sexual es un decisivo gesto filosófico y político para llegar al ser dual. Irigaray está convencida de que para llegar a la igualdad hay que comprender primero la diferencia. Opina que cada uno es a la vez naturaleza y cultura pero esa relación naturaleza/cultura es asimilada e



interpretada de manera diferente en el hombre y la mujer. Esta nueva configuración de valores, "gine*logocentrismo*", "feminismo de la diferencia" y, en una sutil variación que luego analizaremos "ecofeminismo" (Daly 1978), reivindica lo biológico como base de posibles nuevas teorizaciones e implica la creación de un nuevo lenguaje y un nuevo imaginario cultural. Se trata de mantener el dualismo Naturaleza-Cultura pero invirtiendo el valor de los términos, de tal manera que el primero sea superior al segundo y no al revés. El peligro, en todo caso, es siempre el de la creación de una contracultura femenina que, en tanto rehabilita los valores supuestamente femeninos, termina por reflejar postulados de la cultura dominante cuyo espacio espera reemplazar. Así, las feministas del movimiento anti-pornografía, por ejemplo aducían que la inhibición sexual de las mujeres reafirma la superioridad femenina –esto ha sido revisado recientemente y en general, en la actualidad las feministas apuestan por el porno- mientras que las ecologistas y pacifistas reconocen el vínculo estrecho de la mujer con la naturaleza que nos hace especialmente aptas para evitar la destrucción ecológica o un holocausto nuclear. Hélène Cixous (1995), muy en consonancia con Zavala, pone énfasis en la dimensión lingüística -habla de "falogo*centrismo*"—y placentera -la "*jouissance*"- y afirma que hay que transformar el lenguaje y nuestra idea del placer. La mujer ha sido dicha y a partir de ahora debe decir. Así, defiende Cixous, las escritoras que, como Beauvoir o Woolf, decían no tener en cuenta su propia diferencia sexual a la hora de escribir, afirmando de este modo la *neutralidad* o *androginia* de la escritura, practicaban, en realidad, una escritura masculina. Cixous aboga, entonces, por la creación de un "parler-femme", una lengua de mujer, una escritura del cuerpo, una experiencia de la corporalidad ligada al placer difuso y no concentrado, a una economía libidinal distinta de la del hombre, que permitirá crear un lenguaje diferente – Derrida (1998)-. Recuperar en la literatura, lo mismo que en las artes plásticas o el sexo el territorio del cuerpo como elemento simbólico significa el hallazgo de la identidad y el espacio social negado para la mujer. En contra de la idea generalizada en Occidente, el arte no es inferior al pensamiento lógico y puede ayudar a cambiar el orden de cosas. Pese a los reproches que inciden en su base esencialista y utópica, desde la órbita estadounidense y británica especialmente, estas teorías de la diferencia son interesantes por su intento de llevar a la práctica lo que Zavala proponía: la escritura desde los márgenes, desde una subalternidad que así se prestigia a través del *logos*. Estas prácticas pueden ayudar, entonces, a cuestionar una aproximación cerradamente identitaria de la escritura como reflejo de una supuesta "realidad" (corporal) creadora de comunidades delimitadas. Hasta ahora eran palabras dislocadas, fragmentadas, rotas –así el discurso de Cixous— como

testimonio de una opresión, un silenciamiento, una ruptura. Pero, a partir de ahora, se ha de inventar otro lenguaje, un lenguaje del placer. Concluamos este apartado del “feminismo francés” o “cultural” con una cita extraída del trabajo ya clásico de Carole S. Vance en torno al tema: “El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad”:

El feminismo debe presentar una política que se resista al desposeimiento y que apoye el placer. Debe entender el placer como una afirmación vital, una fuente de poder, deseoso de futuro y de contacto humano, y no temerlo como algo destructivo, debilitador o corrupto. (1989: 47)

A modo de conclusión, más que oposición entre feminismo igualitario y feminismo identitario, feminismo radical y cultural, coexisten dos direcciones, hacia la igualdad o hacia la diferencia, entendiendo esta última como reconocimiento de la identidad y singularidad del otro. Pese al cruce de ataques y al entramado de discrepancias en que las feministas anglosajonas acusan a las francesas de perpetuar el “eterno femenino”, ya abolido por Beauvoir, y estas últimas acusan a las primeras de una virilización o masculinización de la cultura que obliga a las mujeres a escoger entre creación y reproducción y niega la maternidad, por ejemplo, todos son enfoques complementarios e indesligables, como antes adelantamos, y son pasos necesarios, más teóricos o más pragmáticos, para desenmascarar los mecanismos coercitivos que nos constituyen como sujetos desde tiempos inmemoriales. Sus supuestas contradicciones no son más que el signo de su apertura y permeabilidad. Lo ideal, insisto, es un equilibrio entre el respeto hacia lo particular, es decir, hacia la diferencia y la igualdad de derechos y oportunidades. En última instancia, como afirma Joan Scott, historiadora y especialista en género de América, el imperativo que nos obliga a escoger un tipo de feminismo procede, en realidad, de una tradición antifeminista y constituye así una nueva trampa en la que debemos evitar caer.

8. Nuestro itinerario en esta revisión de los estudios de género nos ha llevado del feminismo “radical” o “anglosajón” al “cultural” o “francés” y la última escala en nuestro recorrido corresponde al denominado “postfeminismo”, cuya doble acepción intentaremos esclarecer a continuación y dentro de cuya tendencia, también llamada “tercera ola”, se sitúa el Feminismo latinoamericano.

La crítica feminista actual empieza a preocuparse menos por desvelar las estructuras simbólicas que han contribuido a crear una concepción de la mujer o a rescatar de la invisibilidad su experiencia y palabra -esfuerzo que, sin embargo, era de justicia realizar

en el pasado pese a rozar, en ocasiones, un *apartheid* poco aconsejable- que por dinamitar sin más explicaciones esta jerarquía de los saberes, esta desigualdad social y política. Los feminismos no quieren ya "reescribir la historia", "escribir la *otra* historia" o "describir la historia", sino que reclaman teorías más abiertas, acordes con una cultura plural y una esfera pública menos excluyente; pretenden escribir la historia futura desde una posición central sin caer de nuevo, sin embargo, en un sistema hegemónico desde la beligerancia o el victimismo, sino abriéndose a un diálogo a dos voces, a tres voces, a todas las voces posibles. De ahí que los feminismos, en la actualidad, tengan, además de diversos marbetes y denominaciones -"postfeminismo", "tercera ola"-, múltiples enfoques que abarcan desde el psicoanálisis a las dimensiones sociológica, antropológica o lingüística, desde la ideología marxista a la socialdemócrata o liberal, la cibernética o la ecológica. Esta variedad -tan "postmoderna", por otra parte- ha provocado numerosas críticas por parte de ciertos detractores que inciden en el hecho de que este "feminismo postmoderno" o "postfeminismo" no es una teoría uniforme con una metodología definida. En efecto, lo interesante e iluminador del caso, lo que prueba el extraordinario dinamismo y riqueza del último feminismo es su cualidad plural y diversa, múltiple, el hecho de que se trate de una agrupación interdisciplinar y heterogénea de prácticas. "Pos" no significaría en este caso 'después de' sino 'más allá', como afirma Homi Bhabha (1995). De esta forma, el posfeminismo sería un metarrelato, una reflexión sobre el feminismo que lo incluye todo. Un último aspecto que se deriva de lo anterior me parece insoslayable: Es imposible pretender una dimensión global del feminismo, como afirman feministas pertenecientes a minorías étnicas, lesbianas o pertenecientes a ámbitos marginales de la cultura -América Latina-, ya que las mujeres como grupo homogéneo no existen, sino que están divididas por diferencias de raza, cultura, opción sexual, etc... y es peligroso que una mujer hable en nombre de todas las mujeres. Así, frente a un feminismo más histórico-literario como el angloamericano, cuya principal preocupación, una vez conseguidos los derechos cívicos básicos, ha seguido siendo siempre las relaciones con la historia, es decir, las diversas maneras en que el texto literario o crítico refleja, representa o influye en la experiencia diaria a la mujer, aparecen el ya mencionado postfeminismo o también "feminismo materialista". Gayatri Spivak, deconstruccionista y pensadora india cercana a los planteamientos de la crítica marxista, es iniciadora de la corriente postcolonial con *¿Pueden hablar los subalternos?* (1998) cree necesario situar la posición dependiente de las mujeres y de la identidad femenina en un contexto más general que comprenda las circunstancias ideológicas, políticas, económicas y sociales. Los conflictos que surgen del

par logocéntrico, falocéntrico o falogocéntrico, *masculino/femenino* se marcan con más claridad al contemplar éste en el entramado sociohistórico mayor del que es parte. Esta perspectiva más ideológica de Spivak continúa en una de las diversas tendencias de la crítica feminista actual, el, a veces, denominado feminismo materialista, que subraya la subordinación de las mujeres a factores sociales e históricos y los lazos de la constitución y definición del género con las formaciones de clase o las ideologías del trabajo. En esta interacción entre lo contingente y el género se integran también aquellos otros estudios numerosos que añaden, al hecho de por sí difícil de la identidad femenina, la pertenencia a una raza, a un grupo étnico o a una minoría social o sexual. Sólo es lícita tal tendencia globalizadora del feminismo, como afirma la teórica latinoamericana Susana Reisz, cuando se sabe el lugar que se ocupa en su seno y se da la voz a los otros, a las otras:

Queda en pie, sin embargo, un interrogante que, desde la perspectiva feminista, no es fácil de responder: ¿Puede *una* mujer hablar en nombre *de las mujeres*? ¿Puedo yo, siendo, como soy, intelectual, de raza blanca, de clase media, de educación europeizante, heterosexual, madre de dos hijos, económicamente independiente y otros etcéteras que me particularizan, hablar de "*nosotras, las mujeres*" o de "*nuestros*" problemas incluyendo en el rubro entre otras muchas variedades posibles, a las humus y las tutsis de Ruanda, a las quechuas o aymaras de las comunidades andinas, a las musulmanas de Bosnia o Yemen, a las sirvientas, las obreras, las campesinas, las aristócratas, las millonarias, las lesbianas, las monjas, las guerrilleras, las víctimas de abuso sexual, las reinas de belleza, las modelos de revistas pornográficas, las campeonas de tenis, las discapacitadas, las estrellas de cine, las prostitutas, las asesinas o torturadoras de sus niños, las misioneras, las mártires cristianas? Mi opinión personal es que, pese a ese abrumador abanico de variables, sí puede hacerlo –en el sentido de que lo creo razonable y lícito–, a condición de que no pierda de vista mi propia posición dialógica dentro del universo "femenino". (1996:30-31)

Esto no implica, sin embargo, que exista sólo una manera de luchar contra el abuso y ésta sea el combate activo –particularmente necesario en el Tercer Mundo—sino que, como aseveran María Luisa Femenías (2005), Nelly Richard (1996), Francine Masiello (1996) o Jean Franco (1988), se necesitan guerrilleras, pero también filósofas. Se requiere la militancia pero no exclusivamente, pues esto no vendría sino a reafirmar, nuevamente, la dicotomía establecida por Occidente, por el Primer Mundo, según la cual el Tercer Mundo es lo teorizado y el ámbito de la práctica y nunca de la teoría; esto no vendría sino a consolidar el imperialismo o colonialismo político e intelectual. La posmodernidad y el neocolonialismo serían, en este caso, dos caras de la misma moneda. La globalización, este fenómeno nuevo debido a la mundialización de las comunicaciones y la expansión

informática, que ha permitido transacciones especulativas en tiempo real, nos ha mostrado también que las primeras víctimas son los más pobres, de los que 80% son mujeres. Por tanto, se debe rechazar una comprensión del "postfeminismo" como la superación de algo obsoleto. Es preferible pensar el concepto como la continuación y enriquecimiento del diálogo en su confluencia con otras tendencias críticas: "El postfeminismo reconoce las demandas de las culturas marginadas, diaspóricas y coloniales por conseguir un feminismo no hegemónico capaz de dar voz a los feminismos locales, indígenas y postcoloniales" (López de la Vieja 2000: 149). Por otro lado, las feministas de origen marxista, como la propia Spivak, han llegado a afirmar el *carácter socialmente situado* del conocimiento, esto es, como las mujeres están situadas en la periferia o los márgenes, y puesto que el mundo está dominado por varones, aquéllas pueden ver lo que a ellos se les escapa desde su posición privilegiada; así, la objetividad emanada del punto de vista feminista sería más fuerte o global que la objetividad tradicional, parcial. La "mirada oblicua o bizca", la mirada distanciada o irónica que ya defendía Woolf, ve más lejos que la mirada normal porque la marginación facilita la observación crítica. En este sentido, muchas de las escritoras afroamericanas equiparan, en la estela de las feministas de la diferencia, texto y cuerpo femenino y defienden, con violencia, la creación de otra lengua. Tony Morrison, Gloria Anzaldúa o Ntozake Shange defenderían ese "parler-femme" que sería también "parler-noire".

Así, puesto que la "tercera ola" admite la hibridez, es lógica esta vinculación con el activismo político, lo que muestra que el feminismo ahora es más que una teoría; es una aproximación que lucha contra las injusticias sociales que sufren, sobre todo, las mujeres. Realizaré, a continuación, un breve recorrido teórico por los estudios de género en América Latina:

¿Existe una literatura de mujeres, radicalmente diferente a la de los hombres? ¿Y si existe, ha de ser ésta apasionada e intuitiva, fundamentada sobre las sensaciones y los sentimientos, como quería Virginia [Woolf], o racional y analítica, inspirada en el conocimiento histórico, social y político, como quería Simone[de Beauvoir] (Medeiros 2006: 60)

Desde los años 80 se ha producido un reordenamiento de los mapas políticos, sociales y étnicos del continente, con significativos giros a la izquierda en casi todos los países hasta el año 2010, como señala el politólogo Manuel Alcántara Sáenz, lo que contrastaba sustancialmente con la tendencia a la derecha en Europa y Estados Unidos. Grupos humanos que habían permanecido invisibles y silenciosos a través de los siglos, como los

indígenas o las mujeres han hecho su aparición. Las mujeres son el grupo emergente más numeroso, pero también el más atravesado por contradicciones. “Ser mujer” ya no significa esa consciencia de lo obvio en que se orientaba la existencia cotidiana de nuestras madres y abuelas. A partir de los 80, en los ambientes artísticos e intelectuales de América Latina (que sigue los pasos de la cultura anglosajona con unos 20 años de demora) la “femineidad” de la mujer ha comenzado a ser interrogada, cuestionada y redefinida. La creación literaria ha tenido una participación prominente en ese proceso, por ser un “ejercicio imaginativo inseparable de las emociones y de la subjetividad individual” (Reisz 1996: 20) que ha dado y da respuestas heterogéneas, difíciles de integrar en un sistema coherente y a veces contradictorias. Con todo, vale la pena escuchar las voces de la escritura de los ochenta y los noventa con el filtro perceptivo de la teoría feminista, pues se puede llegar a encontrar una coherencia interna, aunque parece no haberla.

En 1898 en la conferencia de Montevideo se debatieron “problemas sociales” como “higiene, cuidado infantil, nutrición, bienestar maternal”; en la Conferencia de Santiago de 1908 reclamaron acceso a la educación y en 1928 en el Congreso Interamericano de La Habana se redactó el borrador de un Tratado de Igualdad de Derechos. Esta sería la prehistoria de la crítica de género en América Latina y una muestra de que los latinoamericanos quieren desarrollar los temas al margen de Estados Unidos.

El discurso feminista en la ficción latinoamericana ha sido originariamente articulado asimismo por voces aisladas que respondieron a la necesidad vital de las mujeres de crear un espacio propio en una sociedad que las restringía a los confines de la casa y de la esfera privada. En la década de los 20 y los 30 escritoras pioneras como Teresa de la Parra (1891-1936) y Victoria Ocampo (1890-1976) en Caracas y Buenos Aires intentaron crear un ambiente apropiado para la expresión femenina. El punto de partida de una escritura femenina se traduce en la resistencia a aceptar los códigos masculinos de la sexualidad y en el afán de recuperar el valor de la experiencia y la perspectiva de la mujer. Se establece una relación de género, una preocupación por la identidad, por la condición de la mujer, por la diferencia genérica, en el sentir y en el pensar mujer. El discurso femenino en esta etapa puede verse como la búsqueda de un lenguaje apropiado para imprimir una visión que represente su imaginario. Rosario Castellanos y Clarice Lispector son también precursoras del debate feminista latinoamericano. La primera introduce los temas de la raza y la clase en su ficción; la segunda reflexiona sobre el lenguaje y el poder.

El feminismo latinoamericano se inspira inicialmente en los parámetros de la crítica feminista francesa y angloamericana. No sólo se trata de librarse de los modelos del

pensamiento occidental y patriarcal, sino, en su caso, de crear nuevas vías de expresión de su visión femenina y latinoamericana. Así, las conexiones del Feminismo latinoamericano con el Feminismo Negro o Chicano son obvias. Pero también hay muchas diferencias que actúan como contracultura en la discusión. Uno de los congresos más importantes tiene lugar en Río Piedras, Puerto Rico y dará lugar a un libro fundamental: *La sartén por el mango* editado por Patricia Ortega y Eliana González. Los siguientes congresos a propósito de la escritura femenina de relieve fueron los de Pennsylvania, California y Ottawa.

Lucía Guerra con su libro *La mujer fragmentada. Historia de un signo* es una de las críticas más importantes. Comienza declarando que la perspectiva femenina difiere de la masculina en visión y técnica. En su "Manifiesto estético" (1985) deja clara su deuda con el postestructuralismo y las teorías francesas de rechazo de los parámetros falogocéntricos. Constituye una invitación a la escritura del cuerpo femenino y sus deseos ocultos, que es un hito en la literatura hispanoamericana. Un poco más tarde, Guerra se interesa también en los postulados postcoloniales y en la necesidad de una construcción cultural latinoamericana en un continente con estratificaciones sociales rígidas y una larga historia de dependencia cultural y política.

Juana Arancibia, por su parte, registra postulados preliminares de la discusión sobre la diferencia de la escritura femenina: un modo característico de enunciación, una visión diferente de la realidad y una necesidad de ampliar los parámetros culturales para incluir las voces de la periferia.

Otros nombres de críticas importantes son Josefina Ludmer, Rosario Ferré, Marta Traba, Elena Poniatowska, Sara Castro-Klaren o Gabriela Mora.

Josefina Ludmer rechaza un "sistema de diferenciación" y la categorización de lo femenino como "esencialista". Para ella, el pensamiento femenino debería ser des-esencializante y abierto a la multiplicidad.

Rosario Ferré afirma que un texto no tiene sexo: lo que importa es escribir bien. No hay una escritura diferente. A lo sumo, lo que hay es una experiencia diferente.

Marta Traba llega a la misma conclusión que Ferré. No hay un discurso femenino, pero sí hay un espacio que se encuentra cerca de los márgenes o la periferia. Sólo desde allí se puede reaccionar como contracultura. Es reveladora la forma en que las mujeres interactúan y escuchan a los marginados, como afirma también Elena Poniatowska.

Sara Castro-Klaren también insiste en los diferentes matices que tiene un continente con una historia de explotación. Habla de la doble discriminación de la mujer latinoamericana (sociedad que la oprime y conflictos raciales), es decir, del hecho de ser mujer y mestiza

(reformulación del "mujer y negra" de Cixous). No hay que imitar a la teoría francesa. No se trata de escribir otra *Madame Bovary*, sino de crear más *Ifigenias*.

Jean Franco y Francine Masiello insisten en el concepto de la "doble negatividad" de Castro-Klaren y en el espacio femenino ligado a la marginación de Traba. Jean Franco aboga por un viraje en las "relaciones de poder" usando la intertextualidad y la enunciación como herramientas para proyectar una nueva subjetividad de la escritura femenina. Francine Masiello habla de un lenguaje de resistencia al logos y de reconstrucción del Sujeto desde un ángulo externo al Originador. En su texto "Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana" (1986) Franco propone que la intertextualidad permite reformular la voz patriarcal –como en el artículo de Molloy sobre Darío y Agustini donde la intertextualidad es iconoclasta y subversiva y no subordinante, como piensa Guerra-. También propone Franco la enunciación, por ejemplo, a través de un narrador masculino en una escritura de mujer. Francine Masiello, por su parte, en "Discurso de mujeres, lenguaje de poder: reflexiones sobre la crítica feminista a mediados de la década del 80" (1986) coincide en la premisa de que la actividad feminista es un vehículo para acceder al poder y transformar el proceso de enunciación. Otro texto crítico interesante de Masiello es: "Texto, ley, transgresión: Especulación sobre la novela (feminista) de vanguardia" (1985). En *La última niebla* de María Luisa Bombal e *Ifigenia* de Teresa de la Parra Masiello ve un desafío al logos masculino, una "transgresión formal" en la estructura y un "trastorno de los marcos de referencia". Se propone así una nueva reestructuración del yo de la protagonista y una nueva conciencia de su cuerpo. María Eugenia es la desheredada, la aislada socialmente y privada de sus derechos civiles y a la propiedad. Resiste escapando al mundo de la imaginación, donde crea su espacio personal. Al fragmentar el mundo narrativo, esta nueva escritura femenina inaugura un nuevo discurso. Masiello insiste también en la marginalidad y la conexión de la mujer con la cultura popular, la narrativa del exilio, los pobres y los colonizados. En este espacio femenino, la subversión exige un "idioma híbrido". Masiello refuerza el concepto de escritura de los márgenes de Traba y Castro-Klaren.

Diamela Eltit, Beatriz Sarlo, Nelly Richard se vuelven a reunir en Chile en 1987 para debatir sobre el mismo tema. Diamela Eltit insiste en los quinientos años, y no cien, de soledad y voz dominante, de explotación de la mujer indígena. Lucía Guerra habla ahora de la "visión de ángulo" de la mujer, que se correspondería con nuestra "mirada bizca" y Nelly Richard habla de femenino y fractura y de lo femenino como una "nueva fuente de organización textual". No se puede, pues, como vemos, olvidar la urgencia social y política



en América Latina. Hay una internacionalización de las teorías francesas y angloamericanas pero también una resistencia. Se trata de eliminar la mirada burguesa y pactar con el subyugado: "¿Hasta qué punto ese gran seno femenino que alimenta la escritura en la teoría de Cixous adquiere significados diferentes cuando aloja la fotografía de un desaparecido?", se pregunta Lucía Guerra.

Debra A. Castillo ha reunido las principales tendencias de la literatura feminista latinoamericana en *Talking Back: Toward a Latin American Feminist Literary Criticism* (1992). Más allá de los peligros de la crítica feminista postcolonial de aplicar teorías de fuera, se señala la marginalidad como herramienta. Castillo vuelve a identificar al escritor, y sobre todo a la escritora, con los pobres y los discriminados. No hay que olvidar que el "Norte" o el "Centro" ligan también lo femenino a lo marginal y, además, muchas de estas críticas, de origen "excéntrico" viven y trabajan en el "centro". México, Argentina y Chile tienen editoriales y organizadores de congresos sobre género de gran relieve. Con todo, nunca se alcanzarán los niveles de distribución y publicidad de Estados Unidos, por ejemplo. Las universidades americanas se benefician de los talentos de fuera y los talentos se convierten en talentos allí, donde amplían su marco y sus perspectivas.

Para concluir, los esfuerzos de nuestras escritoras por elaborar imágenes de sí mismas emanadas de una creciente consciencia de género y los de las críticas feministas por estudiarlos, cubren estrategias y entonaciones ideológicas muy variadas, pero todas igualmente importantes: de la mimesis a la parodia, de la romantización del erotismo femenino al exhibicionismo en los alardes de la conquista sexual...Corresponde, pues, a una crítica feminista colocar esos proyectos individuales en una perspectiva histórica, compararlos, evaluarlos y sacar conclusiones relevantes desde un ángulo artístico y político. Como afirman Susana Reisz y Daniel Link: "la crítica puede definirse todavía como un sistema regional de lucha" y reclaman que tenga un "efecto de verdad" (Reisz 1996; 21).

9. Puesto que el "Postfeminismo" significa apertura, permeabilidad, un movimiento más allá, no sólo presta atención a la marginación racial, cultural o geográfica en la línea postcolonial –Spivak, Bhabha, Mohanty--, sino que se interesa por el futuro de la Tierra.

En efecto, no podemos dejar de incidir en la actualidad de una de estas corrientes, ya mencionada antes como nacida del feminismo de la diferencia y cuyo cruce con la situación del Tercer Mundo es altamente significativa. Se trata del "ecofeminismo". Desde los años setenta el feminismo integró en sus preocupaciones la crisis ecológica y la lucha pacifista. Entre las ecofeministas más relevantes destacamos a las teóricas Françoise

d'Eaubonne, creadora del término, Karen J. Warren, Val Plumwood y, sobre todo, a la pensadora y activista hindú Vandana Shiva. En las décadas de los setenta y los ochenta, entonces, ciertas feministas (Mary Daly, Susan Griffin) emprenden una nueva actividad política que busca cambiar el futuro del mundo y de la relación que establece entre el dominio masculino y la destrucción del ecosistema, señalando asimismo la relación entre el feminismo y la salvación del mundo. No obstante, desde que en 1974 Françoise d'Eaubonne en *Le Féminisme ou la mort* utiliza el término ecofeminismo, la historia del movimiento está marcado por tensiones entre activistas y teóricas. Vandana Shiva aún a ambas cosas y vincula, así, los derechos de las mujeres en la tierra con lo sagrado y denuncia directamente la opresión económica, política y cultural sobre las mujeres. Se sostiene que las mujeres están más cerca de la naturaleza y, por tanto, en mejor situación para solventar la crisis ecológica fruto de un modelo masculino, racionalista, militarista, de dominación del que son víctimas también las mujeres. Frente a dicho modelo se situaría una espiritualidad basada en la Madre Tierra, en el culto a las Diosas, en concepciones holistas. Tomemos algunos extractos de su discurso:

Los derechos de las mujeres están conectados con nuestros valores como sociedad y como cultura. Están arraigados en una matriz de valores y de relaciones culturales. Cuando lo femenino se construye culturalmente en forma de madre sagrada, los derechos de las mujeres están mejor protegidos que cuando lo femenino se construye como mercancía y objeto sexual. Nuestra sociedad está viviendo cambios económicos importantes que conllevan cambios culturales, y dichos cambios están reformando las vidas de las mujeres y sus derechos. [...] Nuestro éxito a la hora de derrotar los argumentos, tanto del gobierno estadounidense como de algunas corporaciones del país, al conocimiento tradicional y a la biodiversidad, se originó porque nosotros combinábamos investigación y acción, y logramos movilizar y crear movimientos en el nivel local. [...] De forma paralela a la lucha por defender los derechos de las mujeres tanto a la biodiversidad como al conocimiento cabe hablar de otra lucha para la defensa de los derechos de las mujeres al agua. [...] Como los derechos de las mujeres a las semillas y al agua, también los derechos que provienen de su papel como proveedoras de comida y agua se erosionan mientras las mujeres pierden valor social. Cuando el Ganges sagrado se convierte en un bien de consumo, las mujeres, proveedoras del agua, empiezan a ser dispensables. Cuando la agricultura se llena de química y se corporativiza, el trabajo de las mujeres en la agricultura se destruye. En la medida en que las mujeres son separadas del trabajo, no sólo pierden su derecho a trabajar, también su derecho a vivir. [...] En las últimas dos décadas, el femicidio ha negado a más de diez millones de mujeres el derecho a nacer. (2007: 17-31)

10. Como corolario de mi revisión sobre el género, mencionaré uno de los fenómenos más interesantes que se desprenden de la extraordinaria vigencia del "postfeminismo", que no

es sino la "crisis" y reinención de la denominada "masculinidad hegemónica" que se vincula con el carácter preformativo del "ciberfeminismo". Durante los ciento cincuenta últimos años el feminismo, el psicoanálisis y los estudios de género, centrados en todo lo que tenga que ver con la categoría de género, tanto masculino, como femenino, han puesto el énfasis en la subjetividad femenina, ya sea para comprender su construcción o bien para deconstruir ideas preconcebidas. En cambio, la masculinidad no planteaba interrogantes porque se igualaba a la normalidad, la madurez, la salud, la autonomía. No precisaba interrogación. Ahora, sin embargo, la voluntad de redefinición de la mujer está obligando también a redefinir al hombre; la idea de masculinidad empieza a adquirir otros rasgos como lo ambiguo, lo multiforme, lo fragmentario, lo andrógino o lo femenino (Segarra y Carabí eds. 2000). En efecto, asistimos a una redefinición de las posiciones y los roles, de tal manera que el hombre se pregunta constantemente por su lugar y su identidad dejando de ser el término neutro de la humanidad, dejando de ser definido en negativo, como todo aquello que no es -según la ética patriarcal que establece jerarquías de valores-: femenino, étnico y homosexual. El patrón masculino del hombre también se conforma, como el de la mujer, según una construcción cultural. Parafraseando a Beauvoir, "no se nace hombre, uno se convierte en hombre". En realidad, la apertura del feminismo daría más libertad a los varones que disponen, así, de un amplio espectro de lugares para situarse, si previamente renuncian al "mito de la identidad viril" con la consiguiente pérdida de poder y privilegios: "Ser un hombre es, de entrada, hallarse en una posición que implica poder" (Bourdieu 1990: 21). En este sentido, recordemos la utilización mediática del "metrosexual", tan presente en la publicidad y la fotografía de moda, es decir, este nuevo modelo de hombre más sensible y femenino de cuya existencia dejó constancia hace unos años, con éxito y revuelo añadido, *The New York Times*. Se trataría de dejar atrás los célebres cuatro factores que pesan sobre los estereotipos masculinos y que clasificaron los psicólogos Brannon y David (1976): 1) carencia de rasgos femeninos; 2) tener éxito, ser respetado y ganar mucho dinero; 3) fortaleza, gran seguridad y confianza en uno mismo y 4) agresividad y violencia, para dar paso a la época de las "masculinidades" en plural. Si bien es cierto el carácter mediático de la alarma sobre la incipiente crisis de la "masculinidad", identificada de forma peligrosa con "heterosexualidad", ya que son los medios de comunicación con cierta vocación intelectual y las series de televisión más sofisticadas o los académicos especialistas en corrección política los principales impulsores del "producto", no deja de ser cierto que nos enfrentamos a maneras distintas de asumirnos como sujetos, de asumir nuestras identidades múltiples, versátiles y en

ocasiones contradictorias. El varón puede optar por la sensibilidad y no tiene ya que fingir o impostar su masculinidad cambiando la caligrafía o jugando al fútbol. En el ámbito homosexual, por ejemplo, su expulsión del campo semántico de la masculinidad por parte de las fuerzas mediáticas e institucionales comportó, desde mucho antes, la exploración en lo "femenino" de la cultura. Ello significaba la búsqueda de una identidad sexual negada. Vemos, pues, cómo los homosexuales han sido, en cierto sentido, los pioneros en el cambio, los que intuyeron la necesidad de otras actitudes y posibilidades de asumir la masculinidad. Sin embargo, esta transformación de las mentalidades y las corporalidades tiene también sus inconvenientes, pues la reafirmación femenina provoca en el sujeto masculino una suerte de inestabilidad o inseguridad. Hay que reconocer que, en cierto sentido, mientras que las mujeres viven una época de conquistas, los hombres pasan por una situación de "crisis" y desconcierto. A su alrededor se derrumban los principios fundamentales que les enseñaron cuando eran pequeños: la supremacía del varón, el mito del sexo fuerte, la norma tradicional de la mujer en casa y el hombre en el trabajo, etc... Lo peor es que, en ocasiones, los varones no viven este momento como una liberación de las presiones y las expectativas sociales sino que interpretan cada logro femenino como una pérdida de las prerrogativas masculinas. ¿Caminamos, acaso, hacia lo "unisex"?, ¿los hombres son hombres o ratones, como propone H. Bhabha (1995) en su artículo "Are you a mouse or a man"?, ¿está desapareciendo sutilmente la diferenciación entre los sexos desde lo andrógino o la propuesta de la maternidad artificial?, ¿estamos construyendo un nuevo orden simbólico? Esto llevaría a otro tipo de feminismo: se trata de crear otro sujeto, ni hombre ni mujer, sin sexo ni género a través de la cibernética (*cyborg*). "Prefiero ser un ciborg que una diosa" nos dice Donna J. Haraway. Paul B. Preciado nos ofrece pistas de interés en torno a las teorías contemporáneas del cuerpo y de la *performance* en su ensayo emblemático: *Manifiesto contra-sexual* (2002) donde muestra el cuerpo como espacio de construcción biopolítica, como lugar de opresión, pero también como centro de resistencia. A través del auge del maquillaje y la cirugía para los varones tal vez comencemos a comprobar si existe realmente una contradicción entre la seducción y el trabajo profesional; a través del replanteamiento de la identidad en las artes plásticas que se decantan de forma clara por los *happenings* y el *body art* podemos empezar a tener otras ideas sobre el territorio anatómico, recuperar nuestros cuerpos y alejarnos del estereotipo -Ana Mendieta, Cindy Sherman, Marina Núñez-. Cada vez es más evidente que ciertos límites del cuerpo natural han sido superados y que el cuerpo artificial empieza a reclamar la atención de muy diversas disciplinas, cuyos límites, a su vez, fluctúan al

acercarse a ese cuerpo artificial: el arte, la ética, la medicina, el derecho, etc...<sup>5</sup> Sin embargo, hemos de dejar de lado un optimismo excesivo pues, si bien la evolución del varón es crucial para la transformación de la sociedad, el sujeto del patriarcado, la construcción de la masculinidad apenas ha variado y en ocasiones se dan períodos de retrocesos preocupantes como explora Susan Faludi (1991).

Concluyo así mi reflexión teórica con un pensamiento paradójico: la crítica feminista o de género, tan desarrollada hoy y tan progresista en términos generales, está condenada a desaparecer. Ojalá lo haga pronto, añado, porque esto habrá significado, no "la muerte del patriarcado", sino el desvanecimiento de los últimos restos de una hegemonía de la ideología patriarcal sobre nuestro sistema de valores.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS<sup>6</sup>

**Beauvoir, Simone de.** *Le deuxième sexe. II: l'expérience vécue*, Paris: Gallimard, 1949.

**Bhabha, Homi K.** *The location of culture*, Londres: Routledge, 1995.

**Bourdieu, Pierre.** *The Fields of Cultural Production*, Cambridge: Polity Press, 1993.

**Brannon, Robert y Sarah y David.** *The Forty-nine percent majority: the male sex role*, Massachusetts: Addison-Wesley Publishing Company, 1976.

**Butler, Judith.** *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York: Routledge, 1990.

**Castillo, Debra A.** *Talking Back: Toward a Latin American Feminist Literary Criticism*, Ithaca: Cornell University Press, 1992.

**Cixous, Hélène.** *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*, Barcelona: Anthropos, 1995.

**Daly, Mary.** *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism*, Boston: Beacon Press, 1978.

**D'Eaubonne, Françoise.** *Le féminisme ou la mort*, Paris: Pierre Horay, 1974.

**Derrida, Jacques y Hélène Cixous.** *Voiles*, Paris: Galilée, 1998.

**Faludi, Susan.** *Backlash: The Underclass War against American Women*, New York: Crown, 1991.

**Femenías, María Luisa.** *Perfiles del feminismo iberoamericano*, Buenos Aires: Catálogo, 2005.

---

<sup>6</sup> La revista *Verbeia* en su normas de publicación señala que los nombres propios en las referencias bibliográficas se recojan solo con la inicial. Sin embargo, hacemos una excepción por la trascendencia que nos parece que tiene el artículo y por la importancia de identificar a las escritoras y a los escritores.

- Ferré, Rosario.** "La cocina de la escritura", en *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*, eds. Patricia Elena González y Eliana Ortega, Río Piedras: Ediciones Huracán, 1985, 133-154.
- Foucault, Michel.** *Historia de la sexualidad*, Madrid: Siglo XXI, 1996, 3 vols.
- Gamble, Sara.** ed, *Feminism and Postfeminism*, London: Routledge, 2001.
- Guerra, Lucía.** « La voz femenina en la narrativa latinoamericana. Una relectura crítica », Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2006.
- Heidegger, Martin.** "Hebel. El amigo de la casa", *Eco* (Bogotá), tomo XLI, número 249 (julio 1982), *Ser y tiempo*, Madrid: Trotta, 2003, 225-240.
- Irigaray, Luce.** *Speculum de l'autre femme*, Paris: Minuit, 1974.
- López de la Vieja, Teresa.** *Feminismo: Del pasado al presente*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2000.
- Medeiros Lichem, María Teresa.** *La voz femenina en la narrativa latinoamericana: una relectura crítica*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2006.
- Peri Rossi, Cristina.** *La nave de los locos*, Barcelona: Seix Barral, 1984.
- Preciado, Beatriz.** *Manifiesto contrasexual*, Madrid: Ópera Prima, 2002.
- Reiz, Susana.** *Voces sexuadas. Género y poesía en Hispanoamérica*, Lleida: Universitat de Lleida, 1996, 30-31.
- Richard, Nelly.** "Feminismo, experiencia y representación", *Revista Iberoamericana*: 176-177 (1996): 733-744.
- Segarra, Marta y Àngels Carabí.** *Nuevas masculinidades*, Barcelona: Icaria, 2000.
- Shiva, Vandana.** "Los derechos de las mujeres en la India actual", en *Feminismo ecológico. Estudios multidisciplinares de género*, Carmen Velayo, Olga Barrios, Ángela Figueruelo y Teresa Lopez, eds. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2007, 17-31.
- Showalter, Elaine.** *A literature of Their Own. British Novelists from Brontë to Lessing*, Princeton: Princeton University Press, 1977.
- Spivak, Gayatri.** *Marxism and the Interpretation of Culture*, Cari Nelson and Lawrence Grossberg, eds. Chicago: University of Illinois Press, 1988.
- Vance, Carole S.** *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid: Talasa, 1989.
- Weigel, Sigrid.** "La mirada bizca: sobre la historia de la escritura de las mujeres", en Gisela Ecker, ed. *Estética feminista*, Barcelona: Icaria, 1986.
- Wittig, Monique.** *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Barcelona: Egales, [1992] 2006.

**Wollstonecraft, Mary.** *A Vindication of the Rights of Woman*, [1792], London: David Campbell Publishers, 1992.

**Woolf, Virginia.** *A Room of One's Own*, [1929], London: Harvest Book, 1989.

**Zavala, Iris.** “Reflexiones sobre el feminismo en el milenio”, *Quimera*, 177, 1999, 58-64.